



Pavel Oyarzún Díaz
 Escritor

La canción de gesta terminó (1ra. Parte)

A sí como el tiempo para el amor, en la balada de Luis Advis, la canción de gesta terminó.

Hablo de la Izquierda chilena y de su sentido de épica en la acción política. O en la acción, a secas. Fue su sello, a lo largo del siglo XX. Hablo entonces de una divisa moral, hoy ausente, suprimida, en la devastada patria zurda. De esto, hace más de una década. Tal vez, dos.

Desde luego, no relaciono esta épica histórica, de los partisanos del salitre o del carbón, con la performance neoanarquista - modo, siglo XXI -, sea patricia o plebeya, que, cada tanto, asalta la escena pública, las redes sociales, megalómana, falsaria, sino que refiero a una épica de clase - proletaria, empírica -, que inundó la conciencia de miles de militantes de los partidos de Recabarren, de Allende o de Miguel Enríquez, en períodos diversos y sucesivos, respondieran, estos cuadros militantes, a un origen obrero o no. Pues bien, este sentido de gesta se hizo uno con el de clase. Fue una suerte de consustanciación, pero terrenal. Profana.

No obstante, para algunos, esta épica fue el brote de una patología social.

Para otros, el detritus de una alucinación doctrinaria, sustenta en premisas falsas, como la famosa lucha de clases - partera de la historia -, la dictadura del proletariado - vestíbulo del Edén - y un largo etcétera. Para los de más allá, tal vez, no fue otra cosa que la persistencia de una partida de fanáticos, suficientemente enfebrecidos como para tirar del cuello a otros -en especial, cachorros inadaptados-, en pos de sus delirios, sus coartadas, por generaciones. Sin embargo, toda interpretación del fenómeno, sea para exaltarlo o denostarlo, confirma su existencia. Dicho de otra manera, en el decurso social de Chile, durante su convulsionado siglo XX, la izquierda protagonizó hechos que solo pueden comprenderse, a cabalidad, incorporando esta constante moral, en la ecuación histórica.

En lo político, esta épica se tradujo en conductas, individuales y colectivas, donde la lucha social fue asumida como un credo, que entrañaba sacrificios de índole diversa, incluyendo el pan y la sangre, por decirlo así, con tintes de realismo socialista. A pesar de ello, no fue una épica kamikaze, suicida o casi suicida, aun cuando en ciertos momentos esta fue empuñada, sino

la épica de vivir y actuar con austeridad, humildad y coherencia, más próxima a los cristianos del siglo primero, que a una inmolación en combate.

Los partidos de izquierda heredaron - en lo conductual, que no en lo doctrinario - la gesta de los mutualistas y de los anarco-sindicalistas, de inicios de siglo. La Federación Obrera de Chile, en el Norte Grande, la Federación de Estudiantes de Chile, en la capital y la Federación Obrera de Magallanes, en la Patagonia, se encuentran entre las organizaciones, precursoras, de mayor alcurnia rebelde.

Existió, por tanto, una épica, pura y dura, durante las huelgas del salitre, entre aquellos desharrapados calicheros, enfrentados, primero, al mismísimo desierto; luego, al escupitajo de los patronos y, por alcance, a las escupe fuego del ejército. Hubo épica, dura y pura, entre los estudiantes y obreros, en el local de la Fech, con el corazón en un puño, como si la chapa de todos ellos fuera, "Domingo Gómez Rojas". Hubo toda una épica, purísima, entre los anarcos de la Federación Obrera de Magallanes, federando paisanos y propagando, en las llanuras del fin del mundo, el evangelio de Bakunin. Hubo

gesta y locura. Cincuenta y cincuenta, si se quiere.

Épica, obrera y campesina, camino del Frente Popular, década del 30, "cuando al Partido tan solo entraban los héroes", como dice el poeta Jorge Teillier, de su padre militante. Revueltas contra Ibáñez. República Socialista de los doce días. El Memch y el sufragio universal, plantando cara al patronazgo de la fábrica, del fundo, de la casa. Todo ese fuego, sobre el puente de Ránquil, volteando campesinos, a discreción, a la cuenta de tres. Aquellos nudos en la cuerda, inúmeros, con sus respectivas bajas y proscipciones.

A vuelta de década, fue patente, fue necesario, enarbolar este espíritu de gesta, al interior del partido de Elías Lafertte y de Ramona Parra, de los sindicatos, de los gremios, al momento de enfrentar diez años de Ley Maldita (1947-1957), más el estreno, entre otras fauces, de Pisagua. Es apenas un ejemplo. Pero, en la masmédula del día, fue la épica personal, anónima, de soportar, con la frente en alto, el estigma de rojos, la vigilia policíaca, las listas negras, la cesantía, como si los comunistas llevaran una estrella (invisible), cosida a sus ropas, no amarilla, sino amaranto.